

VIANA

La ciudad de Viana está situada en extremo occidental de Navarra, limitando con La Rioja, a tan solo cinco kilómetros de Logroño. Pertenece al partido judicial y a la merindad de Estella y dista unos 80 km de Pamplona que pueden recorrerse fácilmente por la Autovía del Camino de Santiago A-12 hasta su última salida antes de abandonar Navarra.

Aunque daremos algunos datos sobre la ciudad, ya avisamos de que las dos ermitas objeto de nuestro estudio se situaban originalmente en antiguas aldeas de su entorno, progresivamente despobladas en beneficio de la propia Viana. En el término municipal se conservan yacimientos desde la Edad del Hierro, incrementados durante la romanización. Una fecha fundamental dentro de su historia es 1219, cuando el rey Sancho VII el Fuerte concedió a la entonces villa el llamado "fuero del Águila", que propició la creación de la localidad tal y como hoy la conocemos, mediante la anexión de aldeas que, como consecuencia, perdieron población hasta quedar yermas. Es el caso de Tidón o Longar, donde se encuentran las dos ermitas que estudiamos. Sus habitantes dieron nombre a barrios de la Viana bajomedieval, como aparece en la documentación: *El barrio de Tudon ata la Puerta de San Felizes*, *El uario del Longar susano* y *El uario del Longar Jusano*. En Longar todavía se registra población diferenciada mediado el siglo XIV.

El casco urbano de Viana constituye el último ejemplo navarro de época románica de urbanización regular, con vías y solares trazados a cordel, que seguía las pautas habitualmente desarrolladas en el reino desde finales del siglo XI. El núcleo inicial, constituido por calles paralelas y transversales formando un rectángulo desigual centrado por la Rúa Mayor, fue creciendo y amurallándose con lienzos y torres a lo largo de los siglos XIII, XIV y XV. La población había nacido con una finalidad estratégica: constituir un punto fuerte frente a las continuas amenazas castellanas. Por eso no extraña que fuera cercada y asediada por tropas enemigas en 1275 y en 1366. Éste último año resultó sometida y estuvo bajo administración castellana ocho años. Durante el siglo XV también sufrió las acometidas entre beumonteses y agramonteses que sangraron el reino de Navarra. La Princesa y, más tarde reina, Leonor de Foix, hija de Juan II de Aragón y Blanca de Navarra le concedió el título de Muy Noble y Muy Leal Ciudad y, en sus inmediaciones, falleció –en 1507– César Borgia –antiguo obispo de Pamplona– al defender las tierras de su entonces señor, el rey Juan III de Albret de Navarra.

Su ubicación en un entorno fértil garantizó el crecimiento demográfico. En 1350 los distintos barrios de Viana contaban con trescientos dieciocho fuegos y Longar con doce, que en 1366 habían bajado respectivamente a ciento cincuenta y cinco y cuatro. En este último año el barrio de Tidón contaba con trece fuegos; en 1427 estaba despoblado, probablemente su despoblamiento total se produjo a raíz de la guerra contra Castilla de 1378.

Ermita de San Martín de Tidón

EL LUGAR DE TIDÓN se encuentra a las afueras de la ciudad de Viana, en un pequeño promontorio rodeado por huertas, camino del hipogeo de Longar. Nada más llegar podemos apreciar que se trató de un lugar de población de época romana, pues todavía aparecen fácilmente fragmentos de cerámica (*terra sigillata*) y la ermita presenta unos enormes sillares bajos que, a juicio de

algunos especialistas, están reaprovechados de construcciones anteriores. Parece claro que el lugar siguió poblado desde la romanización hasta la Edad Media, aunque no aparece en la documentación hasta el siglo XI, en concreto en 1044, cuando García Ramírez III, rey de Pamplona, lo donó e incorporó al monasterio de Sojuela. En 1085 Jimeno de Prezolas, vecino de Tidón, donó una villa en la



Exterior desde el lado suroeste



Exterior desde el lado sureste

misma población al monasterio de Leire. A partir de su despoblamiento la antigua parroquia de Tidón se convirtió en una de las ermitas de Viana y, desde el siglo XV hasta mediados del XX se acudía a sus inmediaciones en romería a celebrar el día de San Martín. Los años de abandono hicieron mella en la edificación que ha ido arruinándose hasta la actualidad y, aunque se levantaron algunos muros de contención de hormigón, la mayoría de las bóvedas se han hundido, además de gran parte de los muros. El resto de la ermita se encuentra en condiciones lamentables, la portada fue tapiada hace años y se ha de acceder al interior de las ruinas, atravesando cascotes y maleza, por la pequeña casa aneja que albergaba al ermitaño.

La pequeña iglesia se compone de cabecera recta y una nave de mayor anchura que el presbiterio, constituida por dos tramos y totalmente reformada en el siglo XVII y hundida posteriormente. Al exterior, tras las reformas modernas, la fábrica original conservó el muro de la epístola, la cabecera recta y parte del muro del evangelio –lo más cercano al altar-. Estos muros se edificaron con paramentos de sillería muy cuidados y bastante regulares, pero probablemente por desplomes o amenazas de ruina hubieron de ser reforzados (los dos enormes contrafuertes del testero) o bien reconstruidos (se aprecia un corte de obra pocos metros al oeste de la puerta). Los muros de la cabecera culminan en cornisa sobre modillones en los que alternan baquetones con medias cañas. A nuestro parecer, las reformas practicadas en los siglos de la Edad Moderna pudieron contribuir al deterioro de la fábrica, pues son las zonas más arruinadas.

La ventana del ábside, en su cara exterior, presenta cierto esmero ornamental. El estrecho vano en forma de saetera está rodeado por una arquivolta con tres hileras de taqueado complementada por una chambrana en la que tallaron grandes bolas. El cimacio es igualmente ajedrezado sobre columnas restauradas con capiteles de muy marcada esquematización (motivos ondeados). La ventana descansa sobre un fragmento de impostas taqueadas. Por el interior consta de un escaso abocinamiento y una sucesión de recuadros con curioso baquetonado. Ofrece un arco superior con cuatro hileras de ajedrezado y una chambrana lisa. En el interior entre las ruinas se reconoce una credencia en el muro del evangelio de la capilla mayor y dos vanos originales en el de la epístola de la nave, con derrame hacia el interior.

En el muro de la epístola apreciamos grandes sillares, como hemos citado, en la zona inferior, probablemente reaprovechados de edificaciones de época romana, canecillos lisos en la nave y de rollo a ambos lados de la cabecera. En el último tramo encontramos la portada –actualmente tapiada–, de poco menos de dos metros de anchura, compuesta por un arco interior de medio punto labrado



Ventana del ábside

Ventana del ábside desde el interior





Portada



Interior en ruinas

Capitel de la portada



mediante grandes dovelas, seguido de una moldura con retícula de rombos, un baquetón liso (la arquivolta propiamente dicha) y una chambrana decorada con las habituales "cabezas de clavo" típicas del tardorrománico. El arco interior descansa en montantes lisos y la arquivolta en una columna a cada lado, de capitel decorado a base de hojas lisas de perímetro marcado mediante incisión, unidas por combados, con remate vuelto en adorno vegetal y perlado en el eje. También se trata de un motivo tardorrománico, que había entrado en el reino navarro desde Santo Domingo de la Calzada. Es de destacar asimismo como prueba de elaboración tardía la molduración del collarino. El cimacio también despliega un motivo tardorrománico, formado por palmetas de eje perlado conectadas mediante rosetas con orificio central. Todos estos elementos permiten proponer una datación para la fase tardorrománica de este templo en las primeras décadas del siglo XIII.

Por último, hemos de citar la inscripción, contraída, que leemos en uno de los sillares bajos del mismo sitio, aunque no podamos precisar su datación: S(anctus) MARTI-NU[S] ORA PRO N[OB]IS. Parecen reconocerse en la parte inferior cifras arábigas, lo que situaría su ejecución después de la Edad Media.

Ruinas de la ermita de San Andrés de Longar

EL LUGAR DE SAN ANDRÉS DE LONGAR se encuentra relativamente próximo al hipogeo excavado hace unos años por el arqueólogo Javier Armendáriz Martija, aunque el emplazamiento es muy difícil de encontrar. No es aventurado, por tanto, pensar que se trate de otro poblamiento con presencia humana desde la Edad del Hierro hasta el siglo XIV. Su acceso es más fácil desde la vecina localidad de Aras. Unos quinientos metros antes de llegar a esta población encontramos un camino señalado que lleva al citado hipogeo de Longar. El firme es bastante bueno y puede recorrerse con coche hasta un desvío a otro camino de imposible tránsito con vehículo, desde el cual se ha de cruzar un riachuelo y acertar a encontrar las ruinas entre la abundante maleza. En mi caso debo el hallaz-

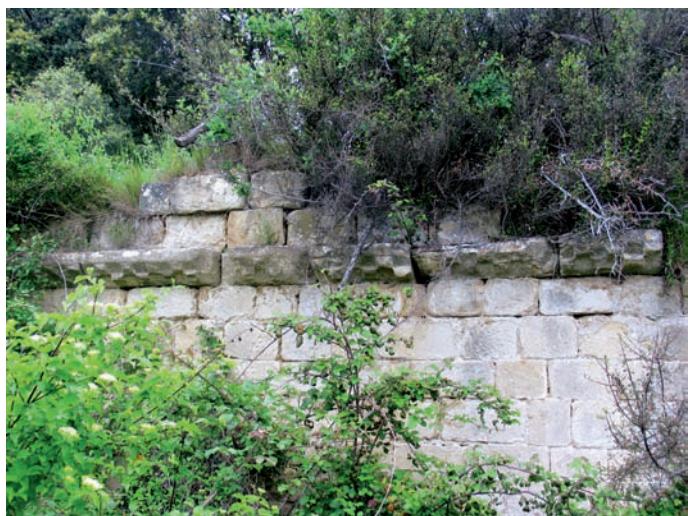
go a dos viejos pastores de Aras: Cruz y José Valencia, sin cuya ayuda hubiera sido imposible localizarlas.

Sabemos que fue uno de los pequeños núcleos de población que conformaron Viana a partir del fuero citado de 1219, pero los datos sobre el mismo son escasos. Constituye una disputa sobre la actual ermita de San Andrés, durante el siglo XII, entre el obispo de Calahorra y la iglesia de Santa María de Nájera. En 1366 la pequeña población contaba con cuatro fuegos y un sacerdote, aunque debió quedar despoblada poco después, concretamente en el transcurso de la guerra con Castilla de 1378.

Actualmente, los restos de la ermita se reducen a su planta y a parte del muro del evangelio, casi totalmente cubierto de vegetación, no más alto de nueve o diez hilas.

Ábside



*Imposta ajedrezada**Restos del muro de la nave y contrafuertes*

das en las zonas mejor conservadas. Se trataba de una modesta edificación románica de un solo tramo rectangular y cabecera semicircular al exterior y al interior. El único tramo disponía de pilastras, de las que se adivina su arranque, aunque desconocemos si poseían capiteles o no y el tipo de las bóvedas puesto que no ha llegado hasta nuestros días absolutamente nada. El único muro que sobresale mínimamente de la vegetación corresponde al lado del evangelio, presentando una sillería de bastante buena calidad. Al interior, conserva una imposta decorada a base de dos hileras de ajedrezado que corría a la altura del fajón desaparecido. Por último, el ábside es circular al interior y al exterior; no conserva vanos de ningún tipo aunque sí buena y regular sillería de unos quince centímetros de altura media en las diez hiladas conservadas.

Debemos destacar, antes de concluir, que en la edificación llama poderosamente la atención el modo como fue construido, pues el mencionado muro del evangelio está construido aprovechando el desnivel del terreno, de tal suerte que su vista desde el exterior resulta imposible ya que se halla enterrado, desde antiguo, en el escarpado terreno, detalle constructivo que también nos recuerda a la edificación de la cripta de la abadía de Leire, salvando las diferencias de tamaño y utilidad.

Texto y fotos: AAA

Bibliografía

CARRASCO PÉREZ, J., 1973, p. 219; CMN, II**, 1983, pp. 606-609; FORTÚN PÉREZ DE CIRIZA, J., 1993a, pp. 280, 447 y 454; GEN, voces "Longar" y "Tidón" 1990, VII, p. 114 y X, p. 473; GOÑI GAZTAMBIDE, J., 1979a, p. 175; LABEAGA MENDIOLA, J. C., 1976, pp. 30-33; MADROZ, P., 1840-1845 (1986), pp. 383-384; PÉREZ OLLO, F., 1983, pp. 255-256.